

EL PARTIDO COMUNISTA DE CHILE. LA CRISIS DE LA UNIDAD POPULAR Y LA TRAYECTORIA DE LA POLÍTICA DE REBELIÓN POPULAR DE MASAS*

Hernán Venegas Valdebenito**

Recibido: 3 Febrero 2008 / Revisado: 15 Marzo 2008 / Aceptado: 7 Abril 2008

La coyuntura de septiembre de 1980 es importante por varias razones. En septiembre de ese año se realizó el plebiscito que ratificó la Constitución Política de 1980 y que rige al país hasta la actualidad, poco antes se había conocido el discurso de Luis Corvalán, Secretario General del Partido Comunista de Chile (PCCh) y con él se inauguraba, al menos discursivamente, la propuesta más radical del partido frente a la dictadura militar. Además, el régimen militar gozaba a esas alturas de una legitimidad importante desde el punto de vista del modelo con el que la economía había experimentado, un crecimiento que se detuvo sólo en 1983.

Un primer aspecto que se enfatiza en el discurso de Corvalán, es su negativa visión acerca de la legitimidad y de la representatividad del plebiscito y de la propia Constitución Política. Esto debió a que las esperanzas de una salida al autoritarismo en el corto plazo quedaron descartadas de plano, en tanto la dictadura se daba su propia institucionalidad y se aferraba en el poder al menos hasta fines de la década, con serias posibilidades de mantenerse al mando del país hasta 1997. Este

cuestionamiento lo sostuvo textualmente de la siguiente forma:

“Todas las fuerzas populares y progresistas del país y el millón de chilenos que están en el exilio rechazan ese engendro constitucional y declaran, con plena razón, que el Plebiscito ad- portas no tiene validez jurídica ni moral”¹.

En el discurso de Corvalán que se comenta, se enfatizaron varias tesis que los comunistas habían proclamado hace ya décadas, lo que en una primera mirada no ofrece cambios sustantivos respecto a su propuesta tradicional. De este modo, la clásica tesis de alianzas amplias para la realización de transformaciones progresistas fue destacada textualmente por Corvalán:

“Para sostenerse, desarrollarse y vencer, la revolución debe contar con la mayoría, con una correlación de fuerzas que le sea favorable y ha de basarse, por lo tanto, en una amplia política de alianzas que pueda incluir el acuerdo y el compromiso entre los más vastos sectores partidarios del progreso social”².

* Este artículo forma parte de los resultados del proyecto de investigación “El conflicto izquierda-derecha: Una reconstrucción histórica de sus estrategias políticas en el período de la Unidad Popular (1970-1973)”, 03-0552VV, patrocinado por el Departamento de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (DICYT) de la Universidad de Santiago de Chile, USACH.

** Académico del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile. Licenciado en Educación en Historia y Magíster en Historia en la Universidad de Santiago de Chile, Doctor en Historia, Universidad de Huelva, España. E-mail: hernan.venegas@usach.cl

¹ Corvalán López, L., “El Derecho del pueblo a la rebelión es indiscutible”. Discurso pronunciado el 3 de septiembre de 1980, con motivo del décimo aniversario de la victoria de la Unidad Popular, en *Boletín Exterior del Partido Comunista de Chile*, 43, septiembre-octubre 1980, 5.

² *Ibid.*, 6.

En efecto, este es un componente clásico de las tesis comunistas, que ya había sido asumido en momentos tan diversos como el Frente de Liberación Nacional en los años cincuenta, la Unidad Popular en la década siguiente y del Frente Antifascista en los años más duros del régimen militar. De modo tal que no hay cambio sustantivo en estos planteamientos, aunque sí en el contexto histórico en que son formulados, en este caso de pleno cierre político y de las instituciones democráticas. No obstante, los cambios fueron evidentes en cuanto a otros temas referentes a la propuesta comunista como, por ejemplo, la definición del problema del “poder”. A comienzos de la década de 1980 los comunistas reconocieron que era necesaria una transformación radical del aparato jurídico-político, lo que puede ser considerado una autocrítica respecto de la actuación del PCCh en el gobierno de Salvador Allende, en el cual se destacaron por sus planteamientos de revolución gradual y por etapas, contrarios a las tesis formuladas por fracciones y partidos de izquierda más radicales que sugerían avanzar al socialismo de una forma más rápida.

De esta manera, la organización de izquierda asumió una concepción de revolución mucho más profunda, en el sentido de apoyar la necesidad de transformar partes esenciales del Estado y matizaron los planteamientos gradualistas previos a la década de 1980. Este fue el primer signo de un cambio estratégico que venía en ciernes.

En la coyuntura histórica, Corvalán confirmó el fuerte descontento que rodeó a muchos círculos del PCCh, tanto dentro como fuera del país, en cuanto al rumbo de los acontecimientos futuros y de los resultados de la propia línea comunista seguida hasta ese momento. Particularmente, el punto que más se criticó fue el referido a las “formas de lucha” necesarias para derrotar a la dictadura pinochetista, lo que tiene relación estrecha con el problema de las vías. En referencia a esto, Corvalán agregó que:

“Se hacen humo las ilusiones respecto de una presunta liberalización del régimen. Se cierran los caminos para la evolución gradual con que algunos han soñado. En estas circunstancias, no tenemos dudas de que el pueblo de Chile

sabrá encontrar el modo de sacudirse el yugo de la tiranía. Las masas irrumpirán de una u otra manera hasta echar abajo al fascismo. Pinochet no podrá mantenerse en el poder por el tiempo que pretende. El derecho a la rebelión pasa a ser cada vez más indiscutible”³.

Quizás este sea uno de los párrafos que más llama la atención del discurso del líder comunista. En primer término, es posible desprender que la tesis de “todas las formas de lucha” y la del “derecho a la rebelión” están justificadas en razón del contexto histórico imperante, particularmente en lo que se relaciona con la institucionalización de la dictadura y el cierre de los espacios democráticos.

En segundo lugar, el PCCh le otorgó –nuevamente– una confianza ciega a “las masas” y su movilización, las que se consideran factores clave para infringir una definitiva derrota al dictador. Si bien es cierto posteriormente se enfatizaron estos planteamientos tanto a través de documentos o de la propia acción política, en este primer acercamiento a las tesis de Rebelión Popular, Corvalán no profundizó mayormente sobre las formas específicas y de los mecanismos organizativos de la lucha frente a Pinochet. Por el contrario, su planteamiento fue vago al afirmar que: “[...] la llave de la situación estará en la unidad y en la lucha de la clase obrera y el pueblo, en su indomable espíritu de combate, en el entendimiento de todas las fuerzas democráticas. No hay tiranía que pueda resistir la avalancha de las masas”⁴. La idea de movilización de masas se constituyó nuevamente en un pilar fundamental en la línea del PCCh.

De este modo entonces, los comunistas manifestaron una notable persistencia con algunos planteamientos correspondientes a la primera etapa del régimen militar, en cuanto a visualizar el fin de la dictadura como un hecho inminente. Con ello dejaron entrever serias falencias en el análisis político, en referencia al desconocimiento de la magnitud y alcance histórico del proyecto refundacional instaurado por Pinochet, a lo que debe agregarse el control total de las Fuerzas Armadas sobre el tejido social y político chileno, capacidad que se mantuvo al menos hasta comienzos de los años ochenta.

Otro de los aspectos que enfatizan más bien la

³ Ibid., 6.

⁴ Ibid., 6.

continuidad que el cambio, está dado por dos de sus temas ejes: la idea del fortalecimiento de la UP y la preeminencia de una concepción *etapista* de la revolución, signada por una primera etapa democrática y antiimperialista, retrotrayendo a objetivos casi seculares del partido. Reflejando así una notable continuidad, el Secretario General del PCCh en su planteamiento de 1980 agregó que:

“Concordamos en la necesidad de fortalecer la Unidad Popular, de que ésta ofrezca al país su propio proyecto histórico renovado, centrado en las tareas antifascistas, antiimperialistas y antimonopólicas de hoy y que muestre también la perspectiva del avance democrático hacia el socialismo”⁵.

En este sentido, para los comunistas el cambio más bien estaría representado por el nuevo contexto histórico que se inauguró desde 1980 y por la evaluación de las herramientas que debían ocuparse para derrotar a la dictadura. Esto, junto al carácter “fascista” y violento del régimen militar, no habría dejado otra opción más que recurrir a “todas las formas de lucha”. Para el PCCh, no era el pueblo ni los comunistas los que dieron pie a la violencia o a la movilización de masas, sino que:

“Es el fascismo el que crea una situación frente a la cual el pueblo no tendrá otro camino que recurrir a todos los medios a su alcance, a todas las formas de combate que lo ayuden, incluso de violencia aguda, para defender su derecho al pan, a la libertad y a la vida”⁶.

En el plano estrictamente discursivo, claramente se puede reconocer en estos párrafos los elementos del cambio en las posturas de la organización. Durante casi setenta años, el PCCh relativizó e incluso negó explícitamente la utilización misma del término “violencia”, apostando por privilegiar el avance institucional a través del régimen democrático, opción que fue confirmada incluso durante el período de exclusión a raíz de la llamada “ley maldita”, disposición que los excluyó de sus actividades regulares entre 1948 y 1958.

En los años ochenta, en cambio, los comunistas asumieron sin ambages la utilización del término “violencia aguda”, lo que es explicable en razón

del contexto histórico de esa década que influyó poderosamente en el “ánimo de las masas”, utilizando una expresión del partido. Con ello no se quiere señalar que hay un cambio radical en la línea (recuérdese las declaraciones de Galo González o del propio Corvalán en los años cincuenta y sesenta, en las cuales no se rechazó a priori la violencia aguda, sino que se condicionó su uso a circunstancias especiales), más bien se trata de un acomodo pragmático a las exigencias de la coyuntura, sumado al creciente descontento que atravesaba al PCCh, especialmente a sus cuadros más jóvenes. Como se sabe, muchos de ellos se prepararon militarmente en Cuba y Europa Oriental, en tanto otros resistieron dentro de Chile las acciones más drásticas de la dictadura en los años setenta.

Esto está relacionado con uno de los planteamientos centrales de esta investigación: la adhesión al leninismo en el análisis comunista, matriz ideológica que privilegia la lectura de las realidades particulares al momento de trazar una línea o de concretar una forma de acción política. Incluso este modo de ver la realidad se proyecta con inusual claridad hasta tiempos recientes. Cuando se le preguntó a Gladys Marín, la recientemente fallecida dirigente del PCCh y una de las promotoras de la línea de Rebelión Popular, acerca de su vía predilecta para llegar al socialismo, respondió que “cada tiempo histórico tiene sus características y está determinado por circunstancias concretas”⁷.

Distinto es en el plano estrictamente práctico y de las formas de lucha concretas, donde el PCCh sí experimentó un cambio significativo desde la década de 1980, en el sentido de situarse en el ala más izquierdista de la política nacional, lo que tuvo una consecuencia fundamental si se quiere comprender la exclusión del PCCh de los gobiernos democráticos a partir de 1990.

En una reciente entrevista y refiriéndose a la coyuntura de 1980, Corvalán continuó argumentando que:

“Entonces llegamos a la conclusión de que para echar abajo la dictadura, para terminar con la dictadura no era suficiente lo que hasta ese momento se había hecho, como meras protestas, declaraciones, sino que había que

⁵ Ibid., 7.

⁶ Ibid., 7.

⁷ *El Mercurio*, 21 de septiembre de 2003, D14.

emplear las más diversas formas de lucha, incluso formas de lucha armada, no todas las formas de lucha, las más diversas formas de lucha, porque la dictadura cerraba todas las posibilidades de expresión real de la voluntad democrática de la ciudadanía”⁸.

No obstante, en relación con el cierto “optimismo histórico” que rodeó a las declaraciones de Corvalán, así como a muchos documentos y declaraciones del PCCh desde el mismo año 1980 los comunistas insistieron en otra de sus ideas de mayor continuidad, como lo era el énfasis en las acciones de masas. Se requería, de acuerdo a sus racionalizaciones, reunir a la “mayoría de la nación” para derrotar a un régimen militar que representó, según su análisis, siempre intereses minoritarios. En su discurso, Luis Corvalán lo explicó de la siguiente forma:

“La dictadura fascista, en su afán de servir a los clanes financieros y a las multinacionales imperialistas, no ha vacilado en atacar los intereses de sectores sociales que contribuyeron a su generación. Más aún, le niega a algunos de ellos, como a los agricultores del sur y a los taxistas de la capital, hasta el derecho de reunirse y los trata con la punta del pie [...] Estos hechos son elocuentes de por sí. De una parte, muestran el verdadero carácter del régimen fascista y, de la otra, las posibilidades de unir en contra de él a la abrumadora mayoría de la nación”⁹.

Al parecer, ese planteamiento de unir a la “mayoría de la nación”, recogía lo más fundamental de la estrategia comunista, cual es abrirse a otros sectores sociales no propiamente populares. Como lo expresa el propio Corvalán, en ese año la propuesta comunista:

“encontró amplia acogida en el partido, sin perjuicio de que más de algún compañero tuvo alguna incompreensión y encontró bas-

tante acogida y apoyo en los demás partidos de la UP, socialistas, radicales, MAPU, Izquierda Cristiana, no digo absoluto apoyo pero estaba realmente la necesidad de recurrir a las más diversas formas de lucha”¹⁰.

En todo caso, esta concepción radical caló con más fuerza en las bases juveniles, no así en la dirigencia que fue más cauta al referirse a la vía propiamente rupturista que estaba en desarrollo. Este cambio generacional fue uno de los detonantes de las transformaciones políticas asumidas en esta fase, si se piensa que los integrantes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez más osados se empinaban apenas sobre los veinte años. Los discursos de Luis Corvalán, en relación con las posibles “vías”, fueron mucho más ambiguos y poco claros en esta etapa, especialmente en cuanto a los contenidos específicos de las nuevas opciones. En La Habana, el Secretario General sostuvo que “La unidad del pueblo cubano, y más recientemente, la del pueblo nicaragüense, se han plasmado en el combate abierto contra el enemigo”, reconociendo así a los necesarios “inspiradores” del exterior¹¹.

En consecuencia, si bien todos los dirigentes concordaron en que la línea del PCCh se construyó tomando en cuenta los referentes internacionales, en cuanto a sus aspectos específicos las definiciones iniciales fueron mucho menos claras, reflejando así la tradicional ambigüedad del discurso comunista. Mientras algunos militantes enfatizaron la idea de mayor movilización de masas frente a la dictadura, otros interpretaron este cambio colocando especial atención en la lucha armada y en los aspectos militares. Así es reconocido por una crítica voz como Patricio Hales. Para él:

“Lo grave de este triunfo (en Nicaragua), no es que antes no existieran gérmenes de aparato militar, ni convicción, sino que vuelve a triunfar un movimiento revolucionario en América Latina donde los comunistas se quedan fuera, en Cuba se quedan fuera los comunistas y en

⁸ Corvalán López, L., entrevista, 24 de mayo, 2005.

⁹ Corvalán López, L., “El Derecho del pueblo a la rebelión es indiscutible”. Discurso pronunciado el 3 de septiembre de 1980, con motivo del décimo aniversario de la victoria de la Unidad Popular. *Boletín Exterior del Partido Comunista de Chile*, 43, septiembre-octubre 1980, 7.

¹⁰ Corvalán López, L., entrevista, 24 de mayo de 2005.

¹¹ Corvalán López, L., “La lucha es lo primero y la unidad es la clave de la victoria”. Discurso pronunciado en el 2º Congreso del Partido Comunista de Cuba, el 18 de diciembre de 1980. *Boletín Exterior del Partido Comunista de Chile*, 45, enero-febrero 1981.

Nicaragua se quedan fuera los comunistas, entonces los comunistas dicen a nosotros esto no nos puede pasar, y deciden fortalecer la existencia del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Que no era lo mismo que el llamado aparato militar del partido, con una independencia tal, pero con las armas que hacía peligrosa la conducción política posterior”¹².

Más allá de estas interpretaciones acerca de su línea política y estratégica, el PCCh siempre negó un cambio. Como en casi en todos sus escritos sobre el particular, Corvalán defendió la tesis del “enriquecimiento” de la estrategia que en el fondo significaba avalar una continuidad de décadas, desde los lejanos tiempos del Frente Popular en los años treinta. En concreto, se sostuvo lo siguiente:

“El Partido asimila creadoramente la experiencia de los años de la revolución y del período de la contrarrevolución y va superando los errores e insuficiencias. En nuestra política no hay rupturas ni bandazos, no hay cambio de línea, sino permanente desarrollo y enriquecimiento de la misma”¹³.

Al caracterizar la línea de Rebelión Popular de Masas, el líder del PCCh despejó dudas acerca de una aparente transformación radical de la misma, seguramente para no generar mayores desconfianzas con sus potenciales aliados de la oposición chilena. Textualmente, Luis Corvalán agregó que: “Nuestra línea ha sido y sigue siendo una línea política firme y flexible, proletaria, popular y nacional, patriótica e internacionalista, de lucha de masas, de unidad de la clase obrera, de entendimiento socialista-comunista, de fortalecimiento de la UP, de alianza con los partidos de izquierda, de acción común con todas las fuerzas democráticas, de resuelto enfrentamiento a la tiranía”¹⁴.

Excluyendo la alusión a la “tiranía”, perfectamente este párrafo podría haber sido escrito en 1961 o 1972, e inclusive en los años cincuenta cuando los comunistas estaban al margen de la ley.

Esto porque los contenidos más clásicos del discurso comunista –como el énfasis en la lucha de masas o las alianzas amplias con las fuerzas democráticas–, encuentran nuevamente espacio en este discurso de Corvalán, donde se despejó las dudas acerca de un “cambio” de línea. Esto fue confirmado por otros miembros del PCCh. En un testimonio reciente, el ex-Senador e histórico miembro del PCCh, Volodia Teitelboim, todavía aclaró los alcances de esta línea política cuando manifestó que:

“Hay un error de interpretación con ese concepto. Pinochet había logrado aprobar la Constitución de 1980 de una manera truculenta y en vista de eso nosotros proponemos una insurrección popular de masas o una política de rebelión popular. Lo que validábamos y yo en particular, eran las protestas, las barricadas, los cortes de luz, los sabotajes y las manifestaciones en general, nuestra idea era poner en crisis a la dictadura y que de esta manera se apurara la salida del dictador”¹⁵.

En los sucesivos documentos del período, el PCCh intentó aclarar la idea del “cambio de línea”, negando absoluta validez a tal transformación. Este fue un tema que se debatió particularmente en los primeros años de la Rebelión Popular. En un artículo aparecido en el *Boletín del Exterior*, se agregaba que:

“Hay compañeros que se preguntan, por ejemplo, si hay cambios en la línea y en qué medida se contemplan y se dan. La verdad estricta es que nuestros objetivos no han variado de ninguna manera. Tampoco la alianza que propiciamos. La palabra del Partido formulada en documentos del Comité Central y en “Nuestro Proyecto Democrático” se mantiene. El criterio de afirmarlo todo sobre la base de la lucha de masas, que ha sido siempre una constante de la política de nuestro Partido, está hoy más vigente que nunca. Las formas, las tácticas, los métodos de lucha y las

¹² Hales Dib, P., entrevista 6 de abril de 2006

¹³ Corvalán Lpez, L., “Avanzar por el camino de la Unidad y de la lucha dominando las más diversas formas de combate”. Discurso pronunciado en Estocolmo el 16 de noviembre de 1980, *Boletín del Exterior del Partido Comunista de Chile*, 45, enero-febrero 1981, 8.

¹⁴ *Ibid.*, 8.

¹⁵ Teitelboim Volosky, V., entrevista 4 de abril de 2006.

consignas que hemos trazado antes de nuestros recientes planteamientos, siguen en pie. Lo que hay de nuevo es que hemos considerado que las modificaciones en la situación han creado las condiciones para reivindicar el derecho a la rebelión y exigen incorporar a la lucha una mayor diversidad de formas, comprendido el recurso a una violencia más aguda, en razón de las necesidades y capacidades del movimiento popular. Y cuando a la línea se le agregan nuevos planteamientos, no estimamos lo más apropiado hablar de cambios, sino de enriquecimiento y desarrollo”¹⁶.

Desde el punto de vista práctico, el “estado de ánimo de las masas” no fue el óptimo para las aspiraciones de la organización. El tibio despertar de la oposición junto a una cómoda situación de hegemonía de la dictadura, en 1980 alcanzó su punto cúlmine. Sólo habría que esperar hasta 1983, cuando las movilizaciones sociales desbordaron toda expectativa, para que el tal “estado de ánimo”, de acuerdo a los comunistas, se desarrollase en plena magnitud.

En todo caso, más que esperar que las condiciones madurasen por sí solas, el PCCh también apostó a “crearlas” a través de su constante invocación a la rebelión lo que claramente constituyó un matiz de cambio. De alguna manera, esto se consiguió a medida que se fue afinando su línea política-estratégica y mientras que el PCCh ganaba más espacios entre los sectores juveniles y poblacionales. Tal como plantea el historiador Augusto Samaniego: “El PCCh no tenía otra posibilidad de reposicionarse y de ganar algún grado real de influencia para conducir la lucha contra la dictadura sino, digamos jugándose la por una lucha de masas realmente multifacético”¹⁷.

Este “giro” tomado por los comunistas desde 1980 tuvo varios riesgos, como se enunció anteriormente. En primer lugar, generó profundas desconfianzas en vastos actores políticos, también opo-

sitores a la dictadura de Pinochet, como la Democracia Cristiana o en algunos sectores del Partido Socialista que vieron en la renovación ideológica la puerta para entrar al centro político y dejar atrás sus concepciones más dogmáticas. Por eso, para aminorar estos impactos que podrían dificultar la consecución de potenciales alianzas, el PCCh destacó que ellos no eran los inventores de la Rebelión Popular. En esta línea Corvalán argumentó que:

“El derecho a la rebelión es, por así decirlo, un derecho sagrado. No es un invento de los comunistas. Hace ya dos siglos que fue incorporado a la declaración de independencia de los Estados Unidos. Lo reconoce la encíclica *Populorum Progressio* frente a las dictaduras”¹⁸.

Al invocar fuentes ideológicas tan disímiles como el liberalismo o la doctrina social de la Iglesia de los años sesenta, el PCCh buscó acercarse a sectores ajenos a la izquierda más clásica. En particular, el llamado insiste en los contactos hacia la DC—que siempre conservó un fuerte segmento antide-recha— y hacia otros sectores de centro político, como los propios socialistas renovados.

Por esa misma razón, las declaraciones oficiales de los comunistas no se aventuraban tanto en definir las modalidades concretas para de poner fin al régimen. Durante estos primeros años el PCCh fue sumamente cauto en ese sentido y lo que más recalcó es la poca certeza en este punto. Más bien, sólo se aventuraba a señalar que el “pueblo” tendría que derrotarla, sin especificar acerca de los mecanismos políticos. De las argumentaciones de los dirigentes comunistas se desprendía que cada pueblo y cada sociedad debía crear sus propios caminos de acción, rescatando elementos de su realidad. Si algo tenía de común las dictaduras de Batista, de Somoza y del Negus, y por cierto Pinochet era que la acción concertada del pueblo se convertiría en el eje central de su derrota¹⁹.

¹⁶ Partido Comunista de Chile, “El enriquecimiento y desarrollo de la línea política. Lucha antifascista”. *Boletín del Exterior del Partido Comunista de Chile*, 49, septiembre-octubre, 1981, 20-21.

¹⁷ Samaniego Mesías, A., entrevista 15 de mayo de 2005.

¹⁸ Corvalán López, L., “Avanzar por el camino de la Unidad y de la lucha dominando las más diversas formas de combate”. Discurso pronunciado en Estocolmo el 16 de noviembre de 1980. *Boletín del Exterior del Partido Comunista de Chile*, 45, enero-febrero 1981, 9.

¹⁹ *Ibid.*, 9.

En este primer momento –año 1980– la posición del PCCh frente a la DC fue un tanto escéptica. Si bien los comunistas no rechazaron la posibilidad de una salida pacífica a la dictadura y un programa de transición que no fuera “con vistas al socialismo”, en sus líneas gruesas insistieron en la utilización (y la relativización) de la violencia en respuesta a la desatada por Pinochet y la tesis de que la dictadura debía ser “derrotada”. En palabras del PCCh:

“Al parecer, la Democracia Cristiana sigue creyendo en que todavía puede haber una solución pacífica sobre la base de un acuerdo con las Fuerzas Armadas. No pensamos de igual manera. Ello nos parece ilusorio. Sin embargo, no rechazamos a priori alguna posibilidad, si la hubiera, de una salida pacífica [...] Del mismo modo que no negamos a priori la posibilidad de una salida pacífica, ningún demócrata debería objetar por principio la violencia, tanto menos aquellos que en un momento determinado apoyaron la peor de todas –la única inaceptable– la violencia contra el pueblo”²⁰.

En conformidad con las experiencias externas, Augusto Samaniego sigue en la misma línea relativista de Corvalán cuando agrega que:

“nosotros nunca pensamos que el cambio político consistiera simplemente en inspirarnos en la heroicidad y en lo bonito de la experiencia nicaragüense que a través de una guerra popular prolongada, en lenguaje de la época, buscaba horquillar al aparato militar de Somoza, desde luego es incomparable el ejército nicaragüense con el chileno de Pinochet, ni significaba hacerse la idea de que la culminación de la línea política del PCCh tendría que culminar en la derrota militar de las FFAA chilenas. Eso siempre lo consideramos absurdo”²¹.

En otra charla de 1981, el Secretario General Luis Corvalán, seguía sosteniendo que la línea del PCCh estaba en proceso de “enriquecimiento” dentro de una continuidad histórica. Al año siguiente y en un artículo publicado en la revista del Partido Comunista Uruguayo, el histórico dirigente agregaba que “ha sido necesario constatar que los métodos de lucha –llamémoslos tradicionales– puestos en práctica en los años referidos, no son suficientes para enfrentar con éxito a la tiranía fascista que oprime a nuestro pueblo y menos para terminar con ella. Esos métodos son irrenunciables e insustituibles. No se trata, pues, de reemplazarlos por otros, sino de sumar a los mismos otras formas de lucha que ayuden al desarrollo de un movimiento de masas capaz de derribar la dictadura”²².

No obstante, los cambios eran evidentes tanto en la teoría como en la práctica, los que se hicieron más profundos a medida que la dictadura atravesaba una seria situación de crisis social que hizo reaparecer públicamente a los actores políticos de centro e izquierda. Por tanto, el líder comunista se vio en la necesidad de reconocer que la situación del PCCh no era de extrema continuidad, en referencia a la estrategia asumida públicamente desde septiembre de 1980. Sobre el particular, Corvalán intentó aclarar que las estrategias de cualquier partido político debían modificarse de acuerdo a las situaciones objetivas específicas y los niveles de conciencia de las masas, y en este sentido la actitud del partido no era la excepción, sobre todo si se sostenía su carácter de vanguardia revolucionaria²³.

Así, uno de los rasgos esenciales fue la dura autocrítica a que se sometió el partido, que se originó al menos con fuerza desde fines de los setenta. A comienzos de la década siguiente, se agregó que “los meses transcurridos desde el discurso del 3 de septiembre han ido configurando en los hechos el *nuevo camino de victoria*”²⁴. La complejidad provie-

²⁰ Ibid., 9.

²¹ Samaniego Mesías, A., entrevista 15 de mayo de 2005.

²² Corvalán López, L., “La Rebelión Popular, Política de nuestro Partido”. *Estudios. Revista teórica del Partido Comunista del Uruguay*, 83, junio-julio-agosto de 1982.

²³ Corvalán López, L., “La Rebelión Popular, Política de nuestro Partido”. *Estudios. Revista teórica del Partido Comunista del Uruguay*, 83, junio-julio-agosto de 1982.

²⁴ En esta acepción se está haciendo referencia a la conceptualización utilizada por el partido, y especialmente por Luis Corvalán en la década del sesenta, cuando se intentaba fortalecer la llamada vía pacífica al socialismo, enfatizando que el carácter legal, democrático y no violento, era en ese momento el camino a la victoria.

ne de que “iniciamos una política de lucha que no habíamos experimentado antes. La complejidad proviene también de que, en el camino de la rebelión, no debemos descartar ninguna otra posible solución. No debe ocurrirnos que caigamos nuevamente en el error de no estar preparados para aplicar otras formas tácticas de lucha”²⁵. Advirtiendo acerca de los peligros del esencialismo estratégico y de las concepciones rígidas en torno a la revolución o el socialismo.

De esta manera, tal como antes del golpe militar, el partido evidenció como una necesidad fundamental la preparación para eventualidades de cualquier orden. El PCCh se mostró excesivamente ambiguo en el momento de definir de forma más explícita su “vía” para derrocar a la dictadura, aunque dentro de esa ambigüedad es posible encontrar algunas novedades:

“[...] no debemos descartar como tema de consideración ninguna iniciativa, salvo aquellas que nos separen de las masas, que nos lancen por el terrorismo sin principios, que nos aislen del resto de las fuerzas antidictatoriales, que resten fuerzas en vez de sumar y aglutinar”²⁶.

Tal vez se destaquen en el discurso de los comunistas temas como el rechazo al “terrorismo” y en general a todo tipo de violencia que se aleje de las “masas”. El PCCh, necesario es repetirlo, notoriamente insistió en este punto de relativización de la violencia y de ligarla siempre al ánimo de las “masas”, lo que constituyó una constante en esta década, y aún en sus propuestas más lejanas. En el mismo discurso ya se habló de la violencia como tal. Corvalán subrayó que desde comienzos de 1980 “entramos a considerar la necesidad de emplear formas de lucha de violencia revolucionaria, sin desestimar todo lo que se había hecho hasta ese momento [...]”²⁷.

Como se ha anunciado repetidamente, el PCCh hizo una lectura de la realidad muy específica al adoptar estas tesis, lo que tiene que ver con el tibio despertar de la oposición al régimen militar y las dimensiones que esta podría alcanzar. Para el

Secretario General del PCCh, tuvo incidencia en el cambio las movilizaciones sociales del 8 de marzo y del 1 de mayo de 1980 suscitadas en Chile. Entonces —argumentó Corvalán— quedó en evidencia que la tiranía había decidido cerrar toda posibilidad de desarrollo y expresión pública del movimiento de masas. Este relativo cambio no se produjo sólo por la coyuntura del plebiscito que confirmó la entrada en vigencia de la Constitución de 1980. El PCCh fundó esta transformación bajo una lectura de la realidad que enfatizó una pluralidad de factores, que tienen relación con el proyecto refundacional llevado a cabo por el régimen de Pinochet y su carácter prácticamente irreversible. Los comunistas en función de justificar sus acciones analizaron la realidad del país y dieron cuenta del fortalecimiento de la dictadura y su capacidad para imponer su modelo económico y su proyecto social. Situación que se agravaba porque, en su visión, la dictadura gozaba de todas las ventajas ofrecidas por el control de los medios de publicidad y los organismos de represión y si bien el movimiento popular había alcanzado avances significativos, eran aún insuficientes.

Seguramente el PCCh confiaba, antes de 1980, en una salida más pacífica e inmediata, situación que no es tan clara después de esa fecha. Cuando analiza la posición de los restantes actores políticos, el PCCh los diferenció rotundamente. En lo que respecta a la DC, continúa confiando en el ala progresista de esa agrupación, tal como lo hicieron en el gobierno de la UP o en la primera fase de la dictadura, entre 1974 y 1979. Se reconoció al respecto que la Democracia Cristiana no está solamente constituida por sectores conservadores, sino también alberga a no pocos militantes y dirigentes que entienden que por principio no pueden rechazar el derecho a la rebelión.

El PCCh también valoró a otras fuerzas de la ex UP por sumarse a las tesis de rebelión popular; por ejemplo, una parte importante de los socialistas chilenos quienes no se habían incorporado a la renovación. El grupo liderado por el ex-Ministro de Relaciones Exteriores de Salvador Allende, Clodomiro Almeyda, lideró esa fracción, la que

²⁵ Partido Comunista de Chile, “El enriquecimiento y desarrollo de la línea política. Lucha antifascista”. *Boletín del Exterior del Partido Comunista de Chile*, 49, septiembre-octubre, 1981, 20-21.

²⁶ *Ibid.*, 23.

²⁷ *Ibid.*, 24.

junto al PCCh y otros grupos de la izquierda como el MIR dieron vida al Movimiento Democrático Popular en 1983, en pleno período de apertura política-social y despertar partidario.

En una entrevista realizada el 3 de abril de 1981 a un diario mexicano, Corvalán prosiguió aclarando los contenidos de la línea que el conglomerado de izquierda se esmeraba en seguir para derrotar a la dictadura. Uno de los temas más conflictivos era si la organización propiciaba o no la vía armada. Por ello, frente a la pregunta si visualiza un enfrentamiento entre el pueblo y el ejército y si el PCCh asumía la vía armada, el líder comunista respondió que: “El Gobierno del Presidente Allende fue derribado por la fuerza de las armas y sería absolutamente legítimo que el pueblo chileno hiciera otro tanto para terminar con la dictadura que lo oprime”²⁸.

Cuando se consultó a Corvalán acerca de los restantes actores políticos como el MIR, dejó de manifiesto las disputas que los comunistas tuvieron con esta organización desde su nacimiento en 1965. Sin embargo, en esta coyuntura histórica Corvalán miró con beneplácito algunas acciones realizadas por el MIR. El dirigente confesó que si bien: “No concordamos en todo con el MIR, en este o en cualquier otro caso, lo que miramos con simpatía es todo aquello que ayude al desarrollo del movimiento popular, que vaya debilitando a la tiranía y fortaleciendo a la oposición, que lleve agua al molino del pueblo y no al de sus enemigos”²⁹.

Corvalán prosiguió debatiendo acerca del supuesto cambio de línea por parte del PCCh, uno de los temas más recurrentes en esos duros años. Cuando el periodista le pide que compare sus tesis actuales con las sostenidas en “Nuestro Proyecto Democrático”, documento de 1979 —donde no se planteó explícitamente el derecho a rebelión y se llamaba explícitamente a todas las fuerzas antifascistas—, el jefe comunista se hizo cargo de ello y sostuvo que:

“[...] no hay contradicción entre lo que dijimos entonces y lo que decimos ahora. Seguimos propiciando el acuerdo de toda la oposición para generar un Gobierno antifascista. En ‘Nuestro Proyecto Democrático’ hay planteamientos circunstanciales, pero las ideas fundamentales que allí se exponen son de la esencia de nuestra política y conservan su plena validez”³⁰.

Tras descartar esta supuesta contradicción, en esa misma entrevista apeló a la violencia como método de acción política, claro que justificada debido al contexto de consolidación de la dictadura y su proyecto histórico. Plantea que “En estas circunstancias, los partidos de la izquierda consideran plenamente legítimo y un deber imperativo que el movimiento de masas emplee las más diversas formas de lucha, pacíficas y violentas, públicas y clandestinas, que apunten al derribamiento de la dictadura”³¹. Como es posible verificar, en el marco de esta ambigüedad la tesis referente a la acción de “masas” se constituye en quizás la mayor continuidad.

A la hora de caracterizar las “acciones” más concretas de la línea de Rebelión Popular, el líder comunista descartó absolutamente en estos primeros años llevar a cabo una acción insurreccional. En este sentido, agregó que

“entre las acciones en referencia, de uno u otro origen, se pueden citar ciertos actos de sabotaje, cortes en el suministro de energía eléctrica por voladuras de torres de alta tensión, colocación de bombas de diversos tipos, interferencias en la radio y en la televisión, tacos en la vía pública y castigo a determinados masacradores. Algunas de las actividades desestabilizadoras son realizadas por grupos especializados y otras son llevadas a cabo por las masas. Hay, por ejemplo, una participación masiva del pueblo y, en especial de las mujeres, en las tomas de terreno para levantar

²⁸ Corvalán López, L., “Seguimos propiciando el acuerdo de toda la oposición”. Entrevista concedida el 3 de abril de 1981 al corresponsal del diario Excelsior de México en Moscú, Hernán Rodríguez, M., *Boletín del Exterior del Partido Comunista de Chile*, 48, julio-agosto 1981, 7.

²⁹ *Ibid.*, 7.

³⁰ *Ibid.*, 8.

³¹ Corvalán López, L., “El sexagésimo aniversario de nuestro Partido”. Discurso pronunciado en el acto que se realizó en Moscú el lunes 4 de enero de 1982. En *Tres Períodos en nuestra línea revolucionaria*, 1982, 285.

tar viviendas o en la interrupción de la energía eléctrica por efecto del consumo excesivo mediante la operación planchado, realizada simultáneamente, un mismo día y en una misma hora, en miles de hogares modestos³².

Estas alternativas de movilización diferían notoriamente de una estrategia de naturaleza militar que promoviera el enfrentamiento armado.

La negación de una explícita forma de “vía armada”, también se expresa en los testimonios comunistas en el presente. Guillermo Teillier, miembro histórico y actual Presidente del PCCh sostiene que:

“Lo que plantea el PC a fines de 1979, es la Política de la Rebelión Popular de Masas, es decir, el derecho a la rebelión cuando se le impide al pueblo acceder a la democracia. Vía armada está mal dicho, porque no era la vía armada, sino que era la política de rebelión popular, esta política nosotros la concebíamos como un alzamiento popular, del cual hay antecedentes en Chile³³.”

El PCCh también se refirió a uno de los temas más complejos, como la composición y comportamiento de las Fuerzas Armadas. En estos documentos iniciales de los años ochenta, todavía los comunistas depositaban su confianza en el sector llamado “democrático” de las Fuerzas Armadas, y buscaron derrotar a los grupos más conservadores y cercanos al general Pinochet. Textualmente el líder del PCCh agregó que: “El deber de las FFAA no es matar ni encontrar eco en sus filas, contribuyendo así a que la lucha no se plantee entre civiles y uniformados, sino entre el pueblo de Chile, de una parte y, de la otra, Pinochet y los grupos que profitan de la tiranía³⁴.”

Cuando se le preguntó a Corvalán acerca de la composición del futuro gobierno post-Pinochet, este respondió que tal cuestión no es lo primordial como derrocar a Pinochet del poder:

“En este momento lo principal es echar a Pinochet y no la cuestión de definir la composición del futuro gobierno [...] Continuamos siendo partidarios del acuerdo de la izquierda con la Democracia Cristiana y demás fuerzas opositoras³⁵.”

Como se aprecia en la cita anterior, los elementos de continuidad conviven perfectamente con los contenidos más novedosos de la línea política comunista, o por lo menos eso es lo que afirman algunos de sus líderes más tradicionales.

Sin embargo, en el mes de mayo de 1981, el PCCh dio a conocer un documento fundamental, introduciendo un halo de confusión cuando trató de evaluar su comportamiento y los matices de su línea política. Se trata de un documento que leído retrospectivamente es quizás la instancia que más enfatice la versión rupturista de la “nueva política” y desautorice las versiones más moderadas de la misma. La visión aquí contenida introdujo un componente de contradicción frente a las lecturas menos radicales de los momentos iniciales de la propuesta y por supuesto con las visiones más actuales de los dirigentes del partido que desconocen que en el esquema de la Rebelión Popular este componente marcadamente militar y armado se constituyera en el eje articulador del diseño de movilización de masas y acción para terminar con la dictadura.

En “Lo militar en la política del Partido”, se desarrollan algunas cuestiones clave que venían apareciendo en el discurso comunista desde el Pleno de 1977 y que por lo tanto revelan la existencia de corrientes de pensamiento dentro del PCCh, que para algunos representaban un perfeccionamiento de la línea de Rebelión Popular. En una de sus partes centrales el documento sostiene que:

“Lo militar ha constituido por décadas un vacío histórico del movimiento popular en nuestro país, que junto a otros problemas vitales relativas a la estrategia del poder [...] y explican las causas más fundamentales de la derrota de la pasada revolución chilena³⁶.”

³² Corvalán López, L., “La Rebelión Popular, Política de nuestro Partido”, *Estudios. Revista teórica del Partido Comunista del Uruguay*, 83, junio-julio-agosto de 1982.

³³ Teillier del Valle, Guillermo, entrevista 7 de abril de 2006.

³⁴ Corvalán López, L., “El sexagésimo aniversario de nuestro Partido”. Discurso pronunciado en el acto que se realizó en Moscú el lunes 4 de enero de 1982. En *Tres Períodos en nuestra línea revolucionaria*. 1982, 285.

³⁵ *Ibid.*

³⁶ Partido Comunista de Chile, “Lo Militar en la política del Partido”, 10 de mayo de 1981, 3.

Tal como en el Pleno del Comité Central de 1977, la idea del “vacío histórico” está notablemente presente en ese documento. Luego, los comunistas se refieren a un cambio estratégico desde 1980 en adelante. “Tal cambio estratégico es relativo al problema de las vías”, sostiene el PCCh en uno de los pocos documentos que abordó explícitamente la utilización de la violencia y la política militar. En ese texto, además, se realizó un profundo análisis conceptual acerca del llamado “problema de las vías”, donde valorizó el papel de la violencia en cualquier etapa del proceso político asimilándolo a toda vía de acceso al poder. Para el PCCh:

“Todas las vías revolucionarias son siempre violentas; pues la revolución en esencia es el reemplazo en el Poder de la sociedad, de las viejas clases dominantes desplazadas por las nuevas clases revolucionarias [...] Todas las vías son pues, violentas, pero sin embargo, no toda la violencia de clases se expresa como violencia armada o bajo de forma de lucha armada, [...] No hay vía desarmada hacia el poder: la mayoría militar debe estar presente en todas ellas, incluidas ciertamente la vía pacífica. En este sentido no se puede confundir lo armado de toda vía con la lucha armada como método principal de las masas para la solución del poder en su favor”³⁷.

Estas tesis no eran tan nuevas en el discurso comunista, en cuanto a que nunca —antes de 1980— se descartó *a priori* la utilización de la violencia. La novedad en este sentido es el énfasis que se le dio a ella. Aunque en el documento tales propuestas se llevaron a un plano más extremo que difícilmente se podían hacer compatibles con aquellas interpretaciones menos radicales acerca del significado de la política de Rebelión Popular.

Lo más novedoso aquí es que el PCCh reconoció la opción de la “insurrección armada”, como una modalidad de utilizar a un mediano plazo. Cuando los comunistas definieron la esencia de su perspectiva revolucionaria, se involucraron de manera directa en los temas que antes de 1980 estaban fuera del énfasis de las declaraciones públicas. Para el PCCh:

“La esencia de nuestra perspectiva revolucionaria reside en la capacidad de la revolución

en ir ubicando el centro de gravedad de la lucha de las masas fuera del sistema institucional del fascismo y en la perspectiva de la toma del poder [...] Ello implica una agudización de la represión fascista, y a ella debe ir respondiendo la violencia revolucionaria del pueblo bajo formas iniciales de resistencia civil en la perspectiva de formas crecientemente armadas de la lucha de masas, hasta culminar en la insurrección armada de todo el pueblo [...] La perspectiva insurreccional no se reduce a las acciones audaces sino que involucra toda la actividad revolucionaria de las masas. Las acciones audaces son de masas no tanto por el número de sus participantes sino por su armonía con el estado de ánimo de las masas [...]”³⁸.

Quizás el argumento intermediador entre esta tesis y las menos recalcitrantes fue que en este intento de definir los componentes de la propuesta, el PCCh explicitó claramente los contenidos de su línea política: la aplicación de la violencia pero siempre ligada a las “masas”, sumado al rechazo de las llamadas “acciones audaces”, lo que en otro contexto Corvalán denominó como “terrorismo.”, y en esto el PCCh permaneció fiel al contenido formal de su línea estratégica. Otro elemento a destacar es el reconocimiento del carácter ascendente de la violencia, que admitía una situación de resistencia civil hasta lo que denominaron como “insurrección armada de todo el pueblo”, en lo cual el discurso comunista dejó entrever componentes inéditos. Cuando se refiere a la coyuntura histórica, el PCCh hizo visible su “optimismo histórico”. Al respecto, se sostuvo lo siguiente:

“Podemos decir que actualmente el movimiento popular animado por nuestra perspectiva insurreccional hacia el poder, tiende a influir crecientemente y de manera cualitativamente superior sobre la vida política nacional, [...] y tiende a transformarse en un elemento substancial de ella, pero aún no llegamos al momento en que seamos capaces a la vez los creadores principales de las crisis políticas del régimen y del modo en que las clases gobernantes las resuelvan, etc.”³⁹.

³⁷ Ibid., 5.

³⁸ Ibid., 5.

³⁹ Ibid., 10.

En el marco de la utilización de la violencia y los conceptos propiamente militares para caracterizar sus tesis, el PCCh introdujo un nuevo término, quizás inspirándose en situaciones como la de Nicaragua. Se trata del término “crisis nacional revolucionaria”, cuyo eje central estaría dado por el problema de las FF.AA y su situación en el nuevo escenario. Por primera vez el PCCh ahonda de manera suficiente este punto, ya que se habló de “crisis de las FF.AA”, de una “derrota militar” y de una eventual “derrota política”, lo que conllevaría a crear una fuerza militar paralela a la del Estado.

Claramente se trató de la lectura más extrema de la política de Rebelión Popular de Masas, la que más avanzó en la definición de los argumentos de utilización sistemática de la vía armada por parte del partido. También es la más pública de las acepciones de dicho componente, por lo menos hasta ese momento, pero también es más marginal dentro del conjunto de proposiciones que terminaron por hacer predominante en ella el contenido de movilización social-popular y postergar para un futuro inmediato la posibilidad de una salida de enfrentamiento frontal con las fuerzas armadas. Finalmente, al correr el tiempo, se terminó por negar que esa alternativa existiera en los presupuestos del PCCh en términos originales.

En todo caso si se examina ese documento, cuando llega la hora de profundizar en torno a las modalidades que adquiriría la violencia, los comunistas no lo eluden. Al contrario, se plantea la existencia de tres focos que derrotarían finalmente al régimen autoritario: “La fuerza militar propia del partido, la organización armada de las masas, es decir, las milicias populares y aquella parte de las actuales FF.AA que se vuelquen a favor de la revolución”. En este contexto es posible situar la formación del FPMR un par de años más tarde, grupo que realizó acciones de violencia durante parte importante de la década de 1980. Como puede desprenderse, al menos una parte del PCCh se propuso tempranamente, desde 1981, la formación de una “fuerza militar propia” y de “milicias populares”.

Los comunistas asumieron plenamente la idea de que las condiciones para los cambios revolucio-

narios deben ser preparadas por la movilización social. Quien haya estado detrás de este documento asumió resueltamente una opción distinta, como se lee en la cita siguiente:

“[...] la lucha armada también puede surgir y desarrollarse con éxito antes del surgimiento de la crisis nacional revolucionaria [...] otras revoluciones han demostrado que la lucha armada puede desarrollarse sin que se de previamente tal división (de las FF.AA) o que esta se produzca ya en niveles muy desarrollados de la lucha armada independiente del pueblo. Se ha demostrado además que la lucha armada puede tornarse en un importante factor de división del nuevo ejército”⁴⁰.

Incluso los comunistas abordan las modalidades que debería adoptar la acción armada, no descartando la guerrilla urbana como forma predominante:

“lo más probable es que en Chile la lucha armada vaya apareciendo al calor del desarrollo de la perspectiva insurreccional y antes del surgimiento de la crisis nacional revolucionaria; igualmente se de al menos durante bastante tiempo, sin contar con un grado de desarrollo de la crisis nacional; asimismo que se produzca una combinación de guerra de guerrillas rural con guerrilla urbana, en donde lo más probable es que ésta sea la predominante [...] como que a la vez estas formas guerrilleras se combinen con insurrecciones armadas parciales de las masas urbanas y rurales y se culmine con una insurrección armada general de todo el pueblo”⁴¹.

En conclusión, en este documento el PCCh incorporó cuestiones inéditas en el desarrollo estratégico, aunque mezclándolas con vagas alusiones a sus tesis históricas. En “Lo militar en la política del Partido”, el PCCh dejó a un lado momentáneamente las tesis de alianzas amplias y se concentró en los aspectos propiamente rupturistas y por otro lado culmina un breve proceso de incorporación de “lo militar” a la política de la organización, cuyo primer apronte público lo habría constituido el Pleno de 1977. Sobre este tema, el PCCh sostiene que:

⁴⁰ Ibid., 12.

⁴¹ Ibid., 14.

“lo militar es parte componente de la política, y no un mero añadido o complemento técnico de las cuestiones políticas. Es decir, lo militar está en el centro de la política misma y se vincula directamente con el problema de la toma del Poder y su consolidación[...] la política se manifiesta por medio de lo militar, en el sentido de que la correlación política de fuerzas se expresan también por medio de una correlación de fuerzas militares. Es decir, ambas correlaciones no existen separadamente sino que una explica y fundamenta a la otra”⁴².

Evidentemente, esta versión más radical de la Rebelión Popular ha sido subsumida en los análisis retrospectivos que la dirigencia comunista ha realizado en la actualidad. De hecho, aparece como una arista que incomoda la versión más general de que dicha política nunca tuvo un afán rupturista, pues ello habría significado una miope lectura de la realidad chilena especialmente en lo relativo a las características y capacidad de las fuerzas armadas nacionales.

Desde 1980, el PCCh enriqueció su línea estratégica, lo que se confunde como un “viraje” de la misma, en tanto relevó el planteamiento del Frente Antifascista y lo reemplazó por un planteamiento que enfatizaba el uso de la violencia y la formación de una fuerza militar ajena a la estatal. Razones para este enriquecimiento habrían muchas; el fin de la Unidad Popular a fines de los setenta, la renovación de una parte del socialismo, la renuencia de la DC a sus constantes llamados, sumada a la propia fortaleza del régimen militar convenció a los comunistas de dar este relativo giro.

No obstante, fueron muchos los miembros que dudaron de estas tesis comunistas, militantes que finalmente abandonaron la organización a fines de los años ochenta. Es el caso de Patricio Hales, miembro de los sectores más reaccionarios a esas adecuaciones, quien señaló que:

“En 1983, a diez años de golpe de Estado desde el punto de vista emocional, la posibilidad de una acción armada para derrotar a

Pinochet sonaba entusiasmante. Desde el punto de vista racional en cambio sonaba impracticable, imposible por la carencia de armas, imposible por enfrentar a un ejército eficiente como el ejército de Chile. Desde el punto de vista político también estaba alejado y desde el punto de vista moral, más bien se vivía una discusión, en el transcurso de los años entre el 83 y el 86 comienzan a ocurrir algunos hechos que golpean mi vínculo con las nuevas tácticas en la estrategia de poder del Partido Comunista”⁴³.

En todo caso esas transformaciones no fueron radicales, porque se mezclaron con los componentes propios de la continuidad de la tesis comunista como la tan valorada necesidad de la movilización de masas. Más bien, hay que visualizar el desarrollo de esta línea de Rebelión Popular como un proceso complejo, que se fue manifestando en relación directa a la coyuntura chilena de la década de 1980.

LA CRISIS DE LA DICTADURA Y LA ERRÁTICA CONSTRUCCIÓN DE LA POLÍTICA DE REBELIÓN POPULAR DE MASAS

Desde 1982 el modelo económico instaurado por la dictadura militar enfrentó su mayor momento de crisis. Esto tuvo su correlato en la aparición de un vasto movimiento social que se activó decisivamente desde mediados del año siguiente, lo que coincidió con la vuelta de los partidos políticos a la arena pública, aunque enfrentando igualmente severas restricciones.

Dada esta crisis, el PCCh tuvo el contexto propicio para poner en práctica su tesis de Rebelión Popular de Masas, aunque sus análisis eran a lo menos cautos dependiendo de la coyuntura histórica concreta. Volodia Teitelboim, aún reconocía a comienzos de 1983 las sólidas raíces que hacían subsistir al régimen de Pinochet, aunque destacaba la presencia de las “condiciones objetivas” para derrotar al gobierno. Lo que faltaba claramente, reconoció el dirigente, era una organización más potente de la oposición social y política⁴⁴.

⁴² Ibid., 15.

⁴³ Hales Dib, P., entrevista 6 de abril de 2006.

⁴⁴ Teitelboim Volosky, V., “La proposición radical”. *Boletín del Exterior del Partido Comunista de Chile*, 58, marzo-abril de 1983, 10.

No obstante, estas declaraciones que embargaban al partido, convivieron con alusiones que dejaron de manifiesto un optimismo histórico. Al caracterizar el desarrollo de la nueva estrategia, Luis Corvalán sostenía que:

“esa primera etapa ha comenzado. Se dan los pasos iniciales en el camino de la rebelión del pueblo. Las iniciativas que se despliegan en este sentido son todavía sencillas, pues se trata de ir de lo simple a lo complejo, de lo pequeño a lo grande, aprendiendo en la práctica, adquiriendo experiencia en la lucha, despertando la creatividad de las masas, desarrollando su combatividad. Una parte significativa de las nuevas acciones constituye lo que podríamos llamar política de desestabilización de la dictadura fascista. A través de tal política se tiende a demostrar la vulnerabilidad del régimen, a romper la paz de los cementerios que instaura el fascismo, a llevar la incertidumbre a las filas del enemigo, a ahondar sus contradicciones y a fomentar la fe del pueblo en sus propias fuerzas”⁴⁵.

La clásica ambivalencia del discurso del PCCh se dejó de manifiesto en el análisis de Teitelboim, quien manifestó su certeza que los partidos opositores están “actuando”, no profundizando al respecto. En su comentario a una propuesta elevada por el Partido Radical para derrotar a la dictadura, el ex Senador sentenció que: “Los partidos que la dictadura declaró fenecidos están hoy actuando, para demostración de la futilidad de la pretensión despótica de liquidarlos porque así lo ordena la voz del amo”⁴⁶.

Por ello, los análisis comunistas no sorprendieron después de mayo de 1983. A partir de esa fase, se sucedió una serie de masivas protestas contra el régimen autoritario que alcanzaron una notoriedad que quebró prácticamente el receso político existente hasta ese momento. En una carta de la dirección comunista a la Alianza Democrática, el PCCh justificó el uso de la violencia afirmando que

“sobre todo los pobladores, los estudiantes, los que diariamente son agredidos por las fuerzas represivas del régimen, se ven obligados a defenderse, a defender su derecho a la vida, peleando con todo lo que tienen a su alcance y organizando su propia autodefensa de masas. Se ven, pues, en la necesidad vital de recurrir a un cierto grado de violencia, cuya legitimidad no admite discusión [...]”⁴⁷.

Frente a las diversas iniciativas existentes en la oposición, en cuanto a las “salidas” para el régimen militar los comunistas fueron taxativos al respecto. En un Manifiesto de fines de ese año sostuvieron que el objetivo de la política de Rebelión Popular era el “derrocamiento de la dictadura” sobre la base de la voluntad del pueblo, negando la posibilidad de establecer un diálogo con el régimen⁴⁸.

El “optimismo histórico”, reinante en las tesis del PCCh, encontró en esta fase su mayor desarrollo. El carácter ascendente, masivo y violento de las protestas fue visto por la organización como un piso político propicio, no tanto para sentarse a la mesa a negociar con el régimen, sino que para “derrotarlo” de una manera claramente rupturista.

Por esos años se desarrolló una importante reunión que, en sus conclusiones, profundizó la tesis estratégica de Rebelión Popular. Se trata de la Conferencia Nacional del Partido Comunista del año 1984. Esta reunión dio cuenta de una profunda crisis, lo que según sus declaraciones facilitaría el tan anhelado fin del régimen autoritario. Textualmente lo sostuvieron así:

“Después de diez años de régimen fascista, Chile es un país empobrecido, achatado y destruido. Se desangra con el paso de miles de millones de dólares anuales por concepto de amortización e intereses de la exorbitante deuda externa contraída y derrochada por la tiranía [...] la dictadura ha demolido la economía nacional [...]”⁴⁹.

⁴⁵ Corvalán López, L., “La Rebelión Popular, Política de nuestro Partido”. *Estudios. Revista teórica del Partido Comunista del Uruguay*, N° 83, junio-julio-agosto de 1982.

⁴⁶ Teitelboim Volosky, V., “La proposición radical”. *Boletín del Exterior del Partido Comunista de Chile*, 58, marzo-abril de 1983, 11.

⁴⁷ Chacón, M., “Aclaración a la Alianza Democrática”, 16 de diciembre de 1983. *Boletín del Exterior del Partido Comunista de Chile*, 64, marzo-abril 1984, 6-10.

⁴⁸ Partido Comunista de Chile, “Manifiesto al pueblo de Chile”. *Boletín del Exterior del Partido Comunista de Chile*, 61, septiembre-octubre de 1983, 24.

⁴⁹ Comité Central del Partido Comunista de Chile, Conferencia Nacional, 1984.

En el momento tal vez más agitado de la década, el régimen de Pinochet experimentó una enorme desestabilización que lo obligó a tomar medidas aperturistas. Desde el punto de vista de la oposición, este fue el período donde sus demandas estuvieron más radicalizadas. El PCCh, como es lógico, se hizo parte de esas tesis “optimistas” y declaró que el Jefe de Estado debía renunciar a su cargo.

En la Conferencia de 1984, el PCCh justificó la violencia que se desata “desde el pueblo”, indicando que estas actitudes sólo eran la respuesta legítima a un régimen que la aplicaba a destajo contra sus opositores. Según su mirada, era una decisión equivocada condenar la violencia a secas, sino que había que hacerlo considerando el origen de la violencia, vale decir en el régimen.

Como en casi gran parte de la década, los comunistas siempre se mostraron ambiguos en torno al tema de la violencia. Demostrando un gran pragmatismo propio de los planteamientos leninistas, el PCCh nunca adhirió, en el discurso, a una vía totalmente armada. De acuerdo a esta Conferencia Nacional la esencia de la Rebelión Popular de Masas, respondía a la diversidad de formas de lucha, las que pueden irse modificando en razón del contexto específico.

En la mayoría de los documentos conocidos del PCCh, se realizó un extenso análisis de la coyuntura. Esto, según las tesis sustentadas a lo largo de toda esta investigación, tampoco debe sorprender ya que uno de los referentes para la elaboración de la línea política era justamente el momento histórico. En torno a 1984, el PCCh destacó la gran actividad social y política que se venía desarrollando contra el gobierno militar:

“El verano de 1984 ha sido de gran actividad política y de lucha de masas. Se conmemoraron públicamente los 62 años de nuestro Partido. El Movimiento Democrático Popular mostró su fuerza, su prestigio y su arraigo en el pueblo. El Comando Nacional de Trabajadores, junto centenares de dirigentes nacionales, convocó a la Protesta del 27 marzo y a un Paro Nacional de Actividades”⁵⁰.

Al mismo tiempo, uno de los temas más interesantes y relevantes relacionados con la tesis que asumió el PCCh desde 1980 es lo que se refiere a

las FF.AA. A partir del Pleno de 1977 los comunistas reconocieron el llamado “vacío histórico”, que se manifestaría exclusivamente sobre el tema militar.

Pues bien, a través de los años ochenta los comunistas ampliaron varias ideas frente a las FF.AA. En primer lugar, en casi todos los documentos el PCCh caracterizó a las FF.AA como un cuerpo heterogéneo, a pesar de la uniformidad con la que actuaron durante todo el gobierno militar hasta fines de los años ochenta. En segundo lugar, los comunistas criticaron aspectos como la Doctrina de Seguridad Nacional, cuerpo ideológico difundido desde la década de 1950 en el marco de la Guerra Fría.

En la reunión de 1984 algo avanzó en este sentido, aunque sus concepciones más precisas se ampliaron posteriormente. En esta Conferencia el PCCh sostuvo que: “El reencuentro de las FF.AA con el pueblo sólo puede producirse en torno a una nueva doctrina militar democrática y a la democratización de las instituciones castrenses”. Por otro lado, cabe señalar que el propósito principal que se denota en los documentos del comunismo chileno se remitía a “echar a Pinochet”. No obstante, subordinadamente también se abordó la futura composición de un gobierno de transición.

Si bien es cierto en cuanto a esto último los comunistas seguían propugnando un gobierno de transición al socialismo con componentes antioligárquicos, no descartaron otras opciones. En particular, en la referida Conferencia de 1984 se manifestaron de acuerdo con un gobierno de transición a la democracia con participación militar, lo que dejó entrever los matices de la visión comunista acerca las instituciones castrenses.

Como ha sido consignado anteriormente, una de las dificultades mayores que debió atravesar la oposición al régimen de Pinochet fue su heterogeneidad. Si bien en esta coyuntura coincidían en sus propuestas –como la renuncia del dictador, el Gobierno Provisional y la Asamblea Constituyente para cambiar la Constitución de 1980–, en la práctica se diferenciaron notablemente, tanto por rivalidades históricas como por acciones políticas concretas. En esta óptica, el PCCh identificó al menos dos proyectos en la oposición, una salida de carác-

⁵⁰ Ibid.

ter democrático-burguesa y otra democrático-popular con vista al socialismo. Según su análisis la resolución de una vía común era meramente una cuestión de tiempo, confirmando así sus clásicas convocatorias a la unidad de todas las fuerzas opositoras.

Como es posible desprender, el análisis del PCCh no ocultó la diversidad que se manifestaba en la oposición, lo que constituyó una de los factores explicativos de la relativa facilidad que tuvo Pinochet para neutralizarla y para imponer sus propias estrategias de transición.

Si bien en la mayoría de sus documentos el PCCh enfatizó una salida rupturista, no excluyó el diálogo con las FF.AA para dar una salida democrática al autoritarismo. Eso sí, aquel diálogo prosperaría sólo con la ausencia del dictador y de sus colaboradores más cercanos. Por ello los comunistas seguían planteando la derrota de Pinochet como un paso imposterizable.

En la Conferencia Nacional de 1984 el partido volvió sobre el punto de su línea política. De este modo, para atenuar las críticas de sectores de centro y de izquierda moderada, el PCCh consideró que dicha estrategia no era sinónimo de confrontación, aunque a la vez legitimó la necesidad de que el pueblo se defendiera por todos los medios posibles.

La misma reunión continuó profundizando este relativo giro que tuvo la estrategia del PCCh desde principios de década. Si bien la Rebelión Popular de Masas no significaba en rigor la lucha armada directa, sí tenía contenidos que la diferenciaron del Frente Antifascista y de la Unidad Popular. Uno de ellos es que los comunistas nunca condenaron las acciones de violencia emprendidas desde la oposición, que incluían una serie de atentados contra la propiedad pública y privada.

Fue precisamente esta actitud lo que aisló definitivamente al PCCh de las opciones más centristas y moderadas. En su reunión de 1984 se sostuvo que:

“Nosotros, comunistas, no podemos condenar estas formas de lucha y expresiones de violen-

cia que surgen del seno de las masas en el marco de un régimen fascista. Las apoyamos, nos esforzamos por darles la mejor dirección y participamos en ellas porque las consideramos justas y ensanchan el camino que conducirá a la victoria”⁵¹.

Si bien el PCCh se cuidó al momento de reconocer públicamente al FPMR como su “brazo armado”, en todos los documentos oficiales del período es posible constatar la “simpatía y aprecio” que sintió la organización hacia aquel grupo, lo que se vio reflejado, por ejemplo, en declaraciones como la siguiente:

“En la lucha contra la tiranía fascista han surgido también grupos paramilitares, entre ellos el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, que sin ser el brazo armado del Partido Comunista como algunos afirman, cuenta con toda nuestra simpatía y aprecio, porque ayuda a la erosión del régimen y sus integrantes poseen una alta moral combativa, convencidos de que la causa de la libertad impone riesgos y sacrificios”⁵².

Y es que su apoyo a las acciones del FPMR no era una contradicción vital para el discurso y la práctica política que desplegó el PCCh desde 1980, y más claramente desde 1983. Por ejemplo, en un Manifiesto que la organización publicó en marzo de 1984 se agregaba que:

“Los comunistas, como revolucionarios consecuentes, no renunciamos a la insurrección armada, pero decimos claramente que lo que está hoy a la orden del día no es precisamente eso, sino el ejercicio del derecho a la rebelión por parte del pueblo chileno, empleando todos los medios que estén a su alcance. Esta es la política que venimos planteando y que se abre paso en las masas”⁵³.

La tesis de la Rebelión Popular de Masas aceptaba todo tipo de salidas a la dictadura, fueran éstas por cauces pacíficos o no. La flexibilidad del discurso del PCCh era tal que, a la par de no privilegiar la “insurrección armada”, apoyaba las acciones de uno de los grupos más poderosos de oposición a Pinochet como el FPMR. A su vez, la organización

⁵¹ Ibid.

⁵² Ibid.

⁵³ Manifiesto del Partido Comunista al pueblo de Chile, marzo de 1984.

hizo repetidas invitaciones a la DC para hacer un frente común, organización que desde mediados de década había renunciado a la movilización social como estrategia principal para derrotar al dictador.

El discurso de la organización de izquierda fue sumamente contradictorio en algunos pasajes. A la acusación originada desde sectores centristas, de que el PCCh proponía una “guerra larga y prolongada” al estilo nicaragüense para derrotar al autoritarismo, el partido sostuvo que “como hemos visto, el único que se aferra a la idea de una ‘guerra larga y prolongada’ es Pinochet. Nosotros, por el contrario, queremos abatir a la dictadura en el más corto plazo, teniendo en cuenta que hay condiciones que favorecen el logro de este objetivo”⁵⁴. De este modo, el PCCh explicaba y justificaba su apelación a la violencia más bien como “respuesta defensiva de las masas” frente a acciones violentas que provenían del propio régimen.

Hacia 1985 la situación política se caracterizaba por una etapa de resuelto enfrentamiento entre las fuerzas opositoras y oficialistas. En ese marco, es posible consignar una pequeña radicalización en la tesis política del PCCh, la que se expresó en un Pleno del Comité Central que se reunió ese mismo año. En aquella instancia se planteó por primera vez la tesis de Sublevación Nacional, la que se consideró como una profundización de la de Rebelión Popular, en tanto concretizaba algunos vacíos que se hallaban presentes desde el discurso de Luis Corvalán dado a conocer en septiembre de 1980.

En primer lugar, el PCCh dio cuenta de esta fase del régimen, en sentido de que se optó esta vez por endurecer la represión a los opositores, particularmente desde la llegada al Ministerio Secretaría General de Gobierno de Francisco Javier Cuadra, a comienzos de 1985. En esa coyuntura, los comunistas denunciaron el endurecimiento de las medidas represivas producto de una grave crisis política, como consecuencia de los éxitos de la oposición⁵⁵.

En esa fase de plena efervescencia social y política, donde la capacidad de poner en jaque al régi-

men por parte de la oposición cobró fuerza, el PCCh continuó planteando la necesidad de “derrotar” a la dictadura, declarando que:

“[...] sobre la base de la lucha combativa y de la acción común de todas las fuerzas democráticas, el camino más corto para terminar con la tiranía es, precisamente, el camino del enfrentamiento. Es también, el que ofrece las mejores posibilidades para que a la derrota del fascismo el país entre a un período de profundos cambios en la estructura del Estado y en todos los aspectos para crear un régimen democrático avanzado con vista al socialismo”⁵⁶.

Incorporar este concepto de “derrota” es muy importante para comprender tanto la postura que adoptó el PCCh como la modalidad que asumió la transición a la democracia desde 1990 en adelante.

Hacia 1985 el partido estaba convencido todavía de que el régimen iba a ser derrotado mediante la “lucha resuelta”. A la vez negaron de manera rotunda la presencia de espacios de negociación entre oposición y sectores oficialistas.

Por eso mismo, el PCCh seguía confiando plenamente en opciones más radicales, pero más preciso aún, en acciones de masas que utilizaran la violencia activa: “Miles de combatientes se han educado en las acciones de autodefensa de las masas, sobre todo en poblaciones y centros estudiantiles. Son de uso masivo las barricadas, las bombas molotov, los cadenazos para provocar cortes de luz, las granadas de mano y otros elementos. Se echan abajo postes de alumbrado público con explosivos y en muchos casos con cinceles y combos”⁵⁷.

Tal como en su documento “Lo militar en la política del Partido” de marzo de 1981, los comunistas celebraban la aparición de otros grupos ajenos al FPMR, como “[...] las milicias rodriguistas que responden más que nada al ánimo de pelea de las masas y al prestigio que el FPMR ha adquirido entre ellas. Estas milicias no dependen del FPMR pero sí responden a una orientación de lucha para-militar”⁵⁸.

⁵⁴ Revista APSI. Respuesta del P.C. a cuestionario de APSI. “El P.C. y las FF.AA”, Santiago, septiembre de 1984.

⁵⁵ Informe al Pleno del Comité Central del partido Comunista, “Para voltear a Pinochet el único camino es el enfrentamiento continuo y ascendente”, enero de 1985, 4.

⁵⁶ Ibid., 4.

⁵⁷ Ibid., 6.

⁵⁸ Ibid., 6.

Pero como lo indica su carácter de colectividad pragmática, el PCCh comentó y tomó posición frente a otras tesis levantadas por los restantes referentes de la política nacional. Es el caso de la desobediencia civil, planteamiento que fue defendido por colectividades como la DC, y que se oponía a la Rebelión Popular en tanto reconocía la movilización social pero excluyendo sus contenidos más violentos o rupturistas. En su pleno de 1985, el PCCh sostuvo que la desobediencia civil: “[...] puede prender masivamente entre las capas medias. El problema es cómo pasar de las palabras a los hechos, actuando con flexibilidad y considerando con amplitud la política de Rebelión Popular”⁵⁹.

En esta reunión realizada por los comunistas a mediados de década, se profundizaron otros contenidos relacionados específicamente con las FFAA y su posición frente a un nuevo gobierno democrático. Se insistía, en que ellas debían dejar atrás el basamento ideológico anticomunista e incorporarse a la vida civil y política, establecer la gratuidad de los estudios militares, el derecho a la participación cívica fuera de los cuarteles (como el derecho a voto), además de un mínimo de dignidad en sus condiciones de vida.

En esta coyuntura extremadamente efervescente para las opciones de la oposición al régimen de Pinochet, la postura de los comunistas fue optimista ya que según ellos maduraba “rápidamente una situación revolucionaria pues están presentes y se desarrollan los elementos fundamentales que la caracterizan, aunque no se manifiestan todos con la misma evidencia”. En este sentido, el PCCh captó las notorias posibilidades que presentó la oposición al menos en este corto período, de al menos forzar a Pinochet a alguna salida de otro tipo que no fuera la “negociada” que finalmente se asumió.

Como se afirmó anteriormente, desde el Pleno de 1985 el PCCh articuló una modificación que podría considerarse como una radicalización y un mayor esclarecimiento de la tesis de Rebelión Popular. Se trata de la Sublevación Nacional. A la pregunta de ¿cómo caerá la dictadura?, el PCCh lo visualizó como una rebelión generalizada en la cual

participasen las fuerzas políticas y sociales junto a sectores de las fuerzas armadas anti-Pinochet, cuya acción conjunta paralice los principales centros productivos del país y ocupe físicamente las principales ciudades chilenas y volvió a relativizar el papel de “lo militar”. Junto con considerar las acciones del FPMR como “al servicio del movimiento popular”, los comunistas destacaron que:

“No propiciamos ni la guerra civil ni la guerra prolongada [...] si el pueblo se ha visto obligado a desarrollar formas de resistencia y defensa frente a la opresión, lo hace para potenciar las posibilidades de la lucha por sus derechos y no para reemplazar, y menos aún para contraponerse, a la movilización social”⁶⁰.

Las constantes ambigüedades del discurso del PCCh, lo llevaron a tener conflictos con actores del espectro político chileno que también eran opositores a la dictadura. En un intercambio de cartas entre Gabriel Valdés, líder de la DC, y la dirección interior del PCCh, se verificaron estas diferencias, lo que no impidió que los comunistas abogaran por la unidad opositora, tal como lo indica una de sus tesis ya clásicas. Como se vio anteriormente, el principal escollo que puso la DC al PCCh era su constante apelación a la violencia como método de acción política. Al exponer su tesis de Rebelión Popular de Masas que, como se ha visto, incluía la tesis de ‘todas las formas de lucha’ incluidas las violentas, el PCCh increpó a la DC, por intermedio de Gabriel Valdés, planteando que:

“Usted disiente de esta opinión nuestra. En su opinión, estas formas de resistencia no debilitan a la dictadura y significan un costo alto para el pueblo. En la nuestra, es la conciliación y no la resolución lo que provoca un aumento del costo social de las luchas por la libertad. Dejemos a la práctica y al pueblo dirimir esta diferencia. Ella, en todo caso, no puede ser obstáculo para trabajar en conjunto en aquellas cuestiones esenciales en que estamos de acuerdo o en posiciones cercanas”⁶¹.

Aún en esta situación de ostensible diferencia, los comunistas hicieron una nueva convocatoria a

⁵⁹ Ibid., 10.

⁶⁰ Chacón, M. (dirección del PCCh), Carta del Partido Comunista al Partido Demócrata Cristiano. Santiago, mayo de 1985.

⁶¹ Ibid.

la unidad de todas las fuerzas opositoras al autoritarismo. Por ello, la flexibilidad de la tesis de Rebelión Popular permitía otorgar ciertas “concesiones” a los grupos moderados, al menos en el discurso. Junto con considerar componentes como lucha de masas y movilización social como parte central de sus argumentos políticos, en su carta a Valdés el PCCh agregó que “reducir nuestra concepción a un esquema militar es una simplificación que deforma nuestro punto de vista”.

El mensaje comunista hacia la DC –actitud que se mantuvo ininterrumpidamente desde antes del golpe militar de 1973– fue de suma apertura hacia ese conglomerado. En aquella misiva intercambiada entre los líderes de ambos partidos políticos, el PCCh incluso intentó un acercamiento apelando a la historia. Así, para el PCCh:

“La historia de nuestro país nos enseña que cada vez que demócratacristianos y comunistas, junto a otras fuerzas democráticas, conseguimos coordinar nuestros esfuerzos en favor de la democracia y el progreso social, el pueblo logró importantes avances o consiguió sortear grandes peligros”⁶².

De esta manera, se mencionan iniciativas como la reforma agraria, las reformas políticas electorales de fines de los cincuenta, la nacionalización del cobre, las que junto a las experiencias comunes de represión en los años de la dictadura, formarían parte de una sola matriz que agrupó a fuerzas antioligárquicas. Pero las intenciones del PCCh, al menos en este período de neutralización, para acercarse a la DC fueron vanas. Como se ha sostenido a lo largo de esta investigación, a partir de mediados de los ochenta la DC propone avanzar hacia la democracia de una forma radicalmente distinta a las tesis del PCCh. Este es uno de los factores que explicó posteriormente la exclusión de los comunistas de la Concertación, alianza donde la DC se transformó en la fuerza predominante.

A comienzos de 1986 todavía continuaban las movilizaciones opositoras, proceso que culminó en las jornadas del 2 y 3 de julio de ese año, convocados por la llamada Asamblea de la Civilidad. Desde ese momento las movilizaciones decayeron ostensi-

blemente, lo que coincidió con la declinación de las tesis del PCCh. Así, 1986 fue considerado como el “año decisivo”, en tanto el optimismo que rodeó a la organización de izquierda fue de suma intensidad en el sentido de la inminencia de la caída de Pinochet. En un Manifiesto de comienzos de ese año, agregaron que de asumirse una “posición de combate”, sería posible terminar con la dictadura⁶³.

En ese mismo documento, el PCCh recurrió a viejos epítetos, cuando comienza a caracterizar estas acciones. Términos como la “firmeza revolucionaria” y las “acciones combativas”, fueron destacados como necesarios para derrotar al régimen aunque no se les describió detalladamente. En otro sentido, en cuanto al tipo de gobierno que debería suceder a la dictadura, se insistió en el “gobierno democrático con transición al socialismo” como forma de gobierno deseable, aunque el PCCh no cerró las puertas hacia otra fórmula.

Avanzado 1986, el PCCh presenció cómo las movilizaciones se atenuaban, manifestando el decaimiento de la estrategia comunista de Rebelión Popular. En una entrevista del mes de agosto, el Secretario General del PCCh Luis Corvalán Lépéz, daba cuenta de este fenómeno:

“Desde nuestro manifiesto de enero, la situación ha cambiado, y mucho. Este año ha sido un año de luchas más sostenidas y más decididas [...] Pero la mayoría numérica no es suficiente. Es muy importante pero no suficiente [...] la cuestión de quién se impone, de quien o quiénes mandan no es una simple cuestión de números, sino de fuerza, de quién puede más [...] El pueblo necesita algo más que ser mayoría. Necesita que esta mayoría esté siempre activa y unida, en ofensiva, desplegando todas sus fuerzas, actuando con coraje, con la decisión inquebrantable de acabar con la dictadura por todos los medios que le imponen las circunstancias”⁶⁴.

Quizás las palabras del líder comunista son las últimas en las cuales se demuestra una fe ciega en la tesis de la Rebelión Popular de Masas. Esta debilidad fue tal vez una muestra del posterior fracaso de la estrategia rupturista asumida por el PCCh, que

⁶² Ibid.

⁶³ “Manifiesto del Partido Comunista al pueblo de Chile”, enero de 1986, 3.

⁶⁴ Corvalán Lépéz, L., Entrevista exclusiva concedida a José Miguel Varas, agosto de 1986, 2.

de forma progresiva fue relativizando los contenidos centrales de la propuesta asumida.

CONCLUSIONES

La evidencia histórica demostró lo distante que de la realidad estaba la tesis de la Rebelión Popular. La incapacidad de convencer a otros referentes de la oposición política como a la DC o a los socialistas moderados, sumado a la fortaleza y enraizamiento del régimen militar que mantuvo cierto control sobre la población chilena, son algunos de los factores que impidieron la consecución de los fines planteados por el PCCh. Sumado a ello, desde mediados de década de 1980 la estrategia de transición “pactada” comenzó a ser aceptada por la mayoría de los sectores opositores a la dictadura, lo que finalmente terminó por prevalecer y determinar el rumbo que el regreso a la democracia siguió en los años finales de la década.

El descubrimiento de un arsenal de armas en la costa de Atacama, en el norte de Chile, junto al fracaso del atentado a Pinochet, hechos verificados entre agosto y septiembre de 1986 y atribuidos al brazo militar del PCCh, deslegitimaron la viabilidad de las estrategias planteadas por la organización.

La crisis de la estrategia de Rebelión Popular de Masas –lo que finalmente derivó en su abandono, al menos en sus fundamentos más rupturistas– se verificó en varias instancias internas del PCCh. En primer lugar con la crisis del FPMR, brazo armado de la organización. Luego, a partir de las conclusiones vertidas en dos documentos de 1987, uno llamado “Propuestas del Partido Comunista para una salida política” y otro emitido en una reunión de su Comité Central. En tercer lugar, la nueva postura se sintetizó en las declaraciones de su XV Congreso de 1989, reunión en que se planteó una severa autocrítica de la estrategia asumida desde 1980. A modo de paradoja, en casi todas esas instancias el punto central de debate fue la participación o no en el plebiscito de 1988 que había propuesto el régimen. En suma, su inserción en esa institucionalidad que tanto habían denostado al punto de calificarla como “fascista”.

En síntesis, en un marco de dictadura militar y cierre de los principales espacios democráticos, los comunistas –sin cambiar aspectos centrales de sus estrategias políticas de largo alcance– creyeron ver en la apelación a la violencia y en la consigna de

“todas las formas de lucha” ligada a las masas, las claves para derrotar a un régimen autoritario que desde 1983 experimentó sus primeras grietas en su control sobre la población chilena.

Desde el ámbito internacional, la estrategia comunista estuvo fuertemente influenciada por experiencias revolucionarias de la década de 1970, como la nicaragüense o iraní. Justamente en ese primer país se prepararon militarmente muchos jóvenes comunistas que luego ingresaron a Chile con la intención de derrotar a Pinochet a través de las armas. En cuanto a sus referentes externos, el PCCh continuó en la década de 1980 adhiriendo fuertemente a la Unión Soviética y a los regímenes de Europa del Este. En gran medida, el fracaso de la Rebelión Popular de Masas corrió a parejas con el decaimiento del poder soviético y del socialismo como alternativa de gobierno, tanto en Europa como a nivel mundial.

En el aspecto nacional, luego de algunos años en que la Rebelión Popular fue una tesis prácticamente compartida por la mayoría de la oposición a Pinochet en su componente de movilización social, el PCCh comenzó una fase de progresiva radicalización de sus actos políticos, lo que en algún sentido desbordó la política tradicional de la organización. Esto fue coronado con la creación del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, a fines de 1983. En su discurso, no obstante, el PCCh persistió en sus tradicionales llamadas a la unidad hacia sectores no necesariamente de izquierda conservando su apego a una política de masas, que sin embargo con las nuevas formas de acción se tornó ambivalente y errática.

Desde 1985 aproximadamente, el PCCh se encontró aislado de las fuerzas opositoras a la dictadura, aunque a nivel de bases la colaboración fue más estrecha en la coyuntura de las protestas nacionales. En un nivel más propiamente político, la renuencia y moderación de la DC hacia el PCCh, la renovación socialista, la recuperación económica, la fortaleza de la dictadura y la declinación de las protestas, convenció a la mayoría de la oposición de que la mejor forma de avanzar hacia una transición democrática era a través de la negociación y no de la confrontación. Lo anterior introdujo un componente de discusión dentro del PCCh que contribuyó a profundizar una ya errática trayectoria, que es posible visualizar en los textos que el propio partido dio a conocer.

Una vez más el PCCh se mostró errático. Si bien aisló los fundamentos radicales de la Rebelión Popular de Masas, ello fue en extremo tardío y no coincidía con los tiempos de moderación y pragmatismo que la nueva transición requería. De este modo, el PCCh mostró un perfil que lo ubicó en la extrema izquierda chilena, situación que terminó por aislarlo y disociarlo del camino que tradicio-

nalmente había recorrido. Ello se tradujo en una escasa capacidad de convocatoria electoral, lo que contrasta con la gran importancia e influencia que ejerció la organización durante una parte importante del siglo XX, en que había privilegiado sus propuestas de alianzas amplias y de integración institucional.